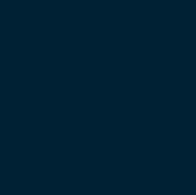




Academia
Internacional
de Líderes
Católicos

**"Discernir el presente, construir el futuro:
El pontificado de León XIV y el legado de Francisco"**





Discernir el presente, construir el futuro: el pontificado de León XIV y el legado de Francisco

*Seminario Internacional de la Academia Internacional de Líderes Católicos
(Roma–Buenos Aires, 21 de junio de 2025)*

Primera publicación institucional de la Academia Internacional de Líderes Católicos

Edición académica y estilo: Academia Internacional de Líderes Católicos

Fecha de publicación: 21 de octubre de 2025

Enlace al registro audiovisual: <https://www.youtube.com/watch?v=8uQ92YW9Acc&t=66s>



Notas y consideraciones generales En cuanto a la elaboración de este documento

Este documento reúne y sistematiza académicamente las intervenciones del Seminario Internacional *“Discernir el presente, construir el futuro: el pontificado de León XIV y el legado de Francisco”*, desarrollado vía online el 21 de junio de 2025.

El documento preserva el contenido sustantivo de las conferencias transcritas, adaptando el registro oral a un estilo escrito formal, con citas y referencias conforme a las normas APA de documentos académicos con la finalidad de estructurar su escritura y facilitar su lectura.

La Academia Internacional de Líderes Católicos presenta su primera publicación institucional en su nueva etapa con el Dr. Mario Paredes como su presidente y Lara Bersano como su directora ejecutiva.

El propósito de este documento es aportar al debate académico sobre el legado del Papa Francisco y los primeros lineamientos del pontificado de León XIV. Las intervenciones han sido editadas para claridad, coherencia y precisión terminológica, respetando el sentido original de las conferencias brindadas.

DISCERNIR EL PRESENTE, CONSTRUIR EL FUTURO: EL PONTIFICADO DE LEÓN XIV Y EL LEGADO DE FRANCISCO

21 de junio de 2025

Bienvenida e introducción: Lara Bersano, directora ejecutiva de la Academia Internacional de Líderes Católicos

Desde hace poco, más o menos un mes que tengo la responsabilidad de la dirección Ejecutiva de la Academia la Academia Internacional de Líderes Católicos. Es una academia internacional de liderazgo que nació con una visión muy clara: la de formar líderes con vocación de servicio, visión y raíces inspiradas en el Evangelio y en la Doctrina Social de la Iglesia.

Nuestro propósito, como desde hace más de diez años, es formar líderes católicos arraigados en la fe para transformar el mundo: el mundo social, económico, político, comunitario y académico.

Desde mayo de 2025, también es interesante mencionar que la Academia está presidida en su Consejo Directivo por don Mario Paredes —a quien inmediatamente le daré la palabra—. Él preside dicho Consejo, y está acompañado por Su Eminencia el Cardenal Christophe Pierre, el Cardenal Padrón, así como por la querida Paola Binetti —a quien saludo—, el profesor Rocco Buttiglione, Alejandra Segura (quien también es presidenta de la Red Internacional de Mujeres Líderes Católicas), Cristian Neri, Rodrigo Guerra, Enrique Segura y Miguel Ángel Rodríguez. Ellos conforman nuestro querido Consejo Directivo Internacional, ejemplo vivo de una forma de trabajo y de servicio por el bien común.

También contamos con un Consejo Académico Internacional, formado por más de 17 especialistas en materia académica y formativa, y por el Comité Académico, que está integrado por todos los directores y coordinadores de Escuelas de Líderes en más de 48 diócesis en 14 países. Cubrimos casi la mitad de Iberoamérica con nuestro programa formativo.

Quiero agradecer por último a nuestro querido grupo de colaboradores y coordinadores: Claudia Zarzosa, que es nuestra nueva secretaria académica; Adriana Siritó; Karina Ruiz en México; Cristian Keitel en Brasil; Magalí Zyska, quien también es secretaria ejecutiva de la Red Internacional de Mujeres Líderes Católicas; Joaquín Eguiluz, director de Comunicación; Carlos Morales; y a tantos otros colaboradores que aseguran el buen funcionamiento diario de nuestra Academia Internacional y nuestras Escuelas.

Gracias por haber respondido a esta convocatoria de una conferencia internacional tan cercana a los corazones de todos nosotros. Por suerte, empezamos ahora, porque hace 20 minutos, con el equipo, veíamos unos videos muy lindos. A más de uno nos hacía recordar tiempos hermosos en el año 2013, con el nombramiento del Papa Francisco, y más de uno se emocionaba un poco.

Querido presidente, Dr. Mario Paredes, gracias por acompañarnos, gracias por liderar el Consejo Directivo. Le doy la palabra.



Intervención del Dr. Mario Paredes, Presidente de la Academia Internacional de Líderes Católicos

En nombre del Consejo Directivo, quiero dar un saludo a todos los participantes, y muy especialmente a los expositores y a nuestro staff que colabora día a día con los proyectos de la Academia.

Este encuentro lo hemos preparado gracias al liderazgo de Lara y los miembros del Consejo para resaltar los aportes del Papa Francisco y conocer la venida y llegada tan alegre del nuevo pontífice, el Papa León XIV.

Un breve comentario sobre el querido y recordado Papa Francisco, de feliz memoria. Para mí, desde hace mucho tiempo que lo conocí, Francisco concibe a la Iglesia desde su tarea evangelizadora en el mundo. Por ello invita tantas veces a construir una Iglesia “en salida” hacia las periferias del mundo, como un hospital de campaña, una Iglesia que se sabe enviada, misionera.

A esta visión, Francisco opone la Iglesia mundana, la instalada y cómoda, que se encierra y vive ensimismada, en sí, de sí y para sí misma. Esta salida, esta misión —ese “olor a oveja”, como él decía— hay que hacerla, según Francisco, en sinodalidad. Es decir, haciendo caminos juntos, caminando juntos en la escucha, el diálogo, el discernimiento y la participación de todos.

En esta visión, la Iglesia se convierte en doctrina y en acción social evangelizadora mediante muchos énfasis que en su magisterio nos legó. Y eso es lo que haremos esta mañana: reflexionar sobre el magisterio de Francisco y, a la vez, entrar a conocer las luces que nos trae el nuevo pontífice.

Gracias a todos, y muy especialmente por el trabajo que está haciendo Lara en tan breve tiempo, pero que apreciamos y reconocemos por su dedicación.

Que Dios nos bendiga a todos.

**Introducción académica al tema de la conferencia:
profesor Rocco Buttiglione, miembro del Consejo Directivo
Internacional e la Academia Internacional de Líderes Católicos**

Un gran saludo al presidente Paredes, a Lara, a todos los que acompañan, a los cardenales, a todos los que participan en esta gran aventura que es la Academia de Líderes Católicos.

El tema de hoy es el Papa Francisco y el Papa León XIV. Hemos acompañado el camino del Papa Francisco con gran alegría, con gran determinación. Nos hemos descubierto como hijos del Papa Francisco: el primer papa latinoamericano, el primer papa que viene de un país que no es parte del centro mundial del poder. El primer papa que, en un cierto sentido, ve al mundo desde el punto de vista de los pobres, porque viene de un país pobre —o al menos no rico.

Ya Pablo VI quería ver el mundo desde el punto de vista de los pobres —pensemos en la gran encíclica *Populorum Progressio*. Juan Pablo II venía de un país pobre, pero era otra pobreza: una pobreza comunista, de la cual nosotros los occidentales no nos considerábamos, en alguna manera, responsables.

Papa Francisco viene de una parte del mundo que ha sufrido por el imperialismo occidental y que ahora ha madurado una experiencia de fe a lo largo de los siglos. Una experiencia de fe de la cual nosotros, los europeos, los del centro, tenemos algo que aprender.

Creo que eso permanece; es un elemento fundamental que perdura en la historia de la Iglesia y corresponde a una situación nueva. La Iglesia hoy se achica en Europa, pero crece en el mundo. La Iglesia Católica es una Iglesia en la que el 40-45% de los creyentes son latinoamericanos, el 15-20% son africanos, y entre el 5 y 10% son asiáticos.

Es una Iglesia que tiene que ser misionera, que tiene que ser católica. *Católico* significa según la dimensión total. Una Iglesia que tiene que desarrollar una autoconciencia misionera, hecha de pueblos nuevos que piensan la fe a partir de su propia experiencia de fe, no como una copia de una teología que se produce simplemente en Roma o en las universidades alemanas. Reflexionando a partir de su propia experiencia, de su propia religiosidad popular.

Aprender de la periferia, dijo el Papa Francisco. En el sentido del centro que aprende de la periferia, pero también en el sentido de que en cualquier país hay un centro eclesialístico y una periferia. La periferia es la fe del pueblo. La fe del pueblo necesita ser juzgada por la Iglesia jerárquica, pero la Iglesia jerárquica también tiene que aprender de la fe del pueblo.

Papa Francisco dijo una vez: “Nosotros los obispos sabemos la verdad sobre la Virgen María, pero tenemos que aprender del pueblo la manera en que hay que amar a la Virgen María”. Una teología afectiva. El pueblo nos da la enseñanza de una teología afectiva.

Esta Iglesia en salida, que se hace Iglesia de los pobres —no hay un Dios de los ricos y un Dios de los pobres. Dios es el mismo para todos, pero sí hay una perspectiva de los ricos y una perspectiva de los pobres. Una Iglesia que mira al mundo y al acontecimiento de Cristo desde el punto de vista de los pobres.



Eso creo que es también un punto importante de continuidad con León XIV. León XIV es un hombre del centro: nació en Chicago, en el centro del poder económico mundial. Pero se fue a la periferia para aprender de la periferia. Sin dejar de ser estadounidense, se hizo peruano. Obispo de Chiclayo. Un hombre que fue para predicar, para enseñar como obispo, pero también para aprender.

Siguió estos caminos: aprender del pueblo. Y lo continúa con una ventaja: que, siendo estadounidense, puede hablar de eso en el centro, en una lengua que sea más fácil de entender por parte de los hombres del centro, para conducir toda la Iglesia en este camino misionero.

El tema es la misión de la Iglesia: el discípulo misionero. León XIV es un típico discípulo misionero: un hombre del centro que se hizo latinoamericano aprendió la lengua, la manera de pensar, la idiosincrasia, sin dejar de pertenecer a su pueblo de origen, para crear una unidad más grande: la unidad de la Iglesia Católica. La unidad misionera.

No es posible conservar la memoria del acontecimiento originario de Jesucristo sin comunicarlo. Cuando lo comunicas a otro, lo vives nuevamente tú. Y si no lo comunicas a nadie, esa memoria del acontecimiento, del encuentro con Cristo, se hace frágil y fácilmente se adultera, se pierde.

Eso creo que es el gran tema que hemos vivido con el Papa Francisco y que seguimos viviendo con el Papa León XIV, en el marco de la Doctrina Social de la Iglesia. León XIII es el fundador de la tradición social de la Iglesia en el tiempo moderno. Ahora hay que repensarla. No tanto como un sistema de leyes o de preceptos, sino como un método para entender nuestra realidad concreta. Hay que revivirla al interior de cada particular realidad nacional: una teoría crítica de la sociedad que juzga la sociedad a partir del Evangelio, a partir del anuncio del Reino de Dios que viene, y que nos pone en movimiento hacia formas nuevas y más humanas de vida para los hombres.

Os agradezco vuestra atención. Y que Dios nos acompañe en nuestro camino. Gracias.

PRIMER BLOQUE

Panel I: El legado del Papa Francisco





Conferencia de S.E. Cardenal Christophe Pierre, Nuncio Apostólico en Estados Unidos

Queridos hermanos y hermanas, me alegro de estar con ustedes.

Han pasado muchas cosas en la Iglesia en los últimos meses, y gracias a Dios, lo que ha sucedido ha sido claramente bendecido por la acción del Espíritu Santo. Como dijo el Papa Francisco al inicio del Sínodo de 2023: el Espíritu Santo es siempre el protagonista en la vida de la Iglesia, el que la lleva adelante.

Con el fallecimiento de Francisco, el cónclave y la elección del Papa León, hemos visto cuán cierto es esto.

Recuerdo haber visto a Francisco en televisión durante la última audiencia que tuvo con el pueblo en Roma, el Domingo de Pascua. Cuando hizo su paseo de despedida entre la multitud, antes de morir, le dijo a su enfermera: “Gracias por traerme de vuelta a la plaza”.

Cuando vi al Papa durante esta última aparición, tuve —de algún modo— la sensación de que se estaba despidiendo. Y con su fallecimiento, devolvió las riendas de la Iglesia al Espíritu Santo, y, en cierto modo, también a nosotros, los cardenales.

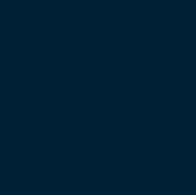
Después del cónclave hubo una rueda de prensa en el Colegio Norteamericano de Roma, para los cardenales que habíamos venido de Estados Unidos. Repetiré lo que dije entonces: la experiencia del cónclave fue para mí algo extraordinario.

Quiero decir que fue una experiencia espiritual. Me acordé de unas palabras del poeta y escritor Charles Péguy, que decía: “Tout commence en mystique et finit en politique”. Todo comienza en la mística y termina en la política.

En otras palabras, partimos de un ideal espiritual, y luego tenemos que encontrar la manera de llevar lo místico a la aplicación práctica.

La experiencia que viví antes y durante el cónclave fue el reverso del axioma de Péguy: lo que comenzó como política, terminó como mística.

Estaba claro que, aunque cada uno de nosotros los cardenales entramos con una cierta idea, cuando nos pusimos individualmente y como comunidad ante Dios, no éramos solo nosotros los que trabajábamos. Había Otro que estaba presente. La “otredad” de Dios se hizo evidente. Surgió algo que no era simplemente el producto de nuestra propia sabiduría, individual o colectiva, sino que era reconocible como la obra del Espíritu, aunque estuviera trabajando en nosotros y a través de nosotros.



Toda la ceremonia del cónclave es como una liturgia. Y así podemos sentir que nuestra acción, aunque es muy humana, es también una acción de la Iglesia. Y por tanto, una acción en la que Dios entra.

No estamos solos. No estamos abandonados a nuestra suerte. Y sin embargo, seguimos siendo libres. No para crear o inventar algo, sino para recibir la acción que el Espíritu realiza a través de nosotros, y para responder a esa acción.

Es muy hermoso el modo en que el Espíritu Santo está presente en su Iglesia y la guía.

Después de esta experiencia, volví a Estados Unidos aún más convencido de que la Iglesia debe ser así. La Iglesia ha sido creada por Dios a través de Cristo. Se nos ha dado algo que estamos invitados a aceptar y recibir.

Nuestra administración de la Iglesia no consiste en aferrarnos al control y tratar de dirigir el barco en una dirección determinada, sino en ir en la dirección que nos indica el Espíritu, que discernimos estando atentos a la realidad que se despliega ante nosotros.

Conferencia de Austen Ivereigh, biógrafo del Papa Francisco

Muchas gracias. Es un gusto estar con ustedes. Saludos desde Inglaterra, sobre todo a mis amigos conferencistas. Es un gran placer, realmente, estar con ustedes.

El cónclave de este año, de mayo de 2025, es —yo diría— el más consecuente desde 1963.

¿Por qué ese año? Porque ese año murió Juan XXIII, el Papa que abrió el Concilio Vaticano II. Entonces, la tarea de los cardenales, cuando se reunieron después de la muerte de Juan XXIII, era: ¿vamos a continuar este proceso, este concilio? ¿Y de qué manera, y con qué persona necesitamos continuar y profundizar este camino que hemos comenzado?

Para mí, la semejanza entre ambos momentos es muy clara. En este año, la gran pregunta para los cardenales era: ¿vamos a continuar con esta nueva dirección, este nuevo camino emprendido, empezado, inaugurado por Francisco?

Es una dirección que —como bien dijo el Cardenal Pierre, y también han comentado Rocco y otros conferencistas— está muy influida por el impacto de la Conferencia de Aparecida, ese discernimiento de los signos de los tiempos realizado por la Iglesia Latinoamericana en mayo de 2007, cuyo redactor principal fue nada menos que Jorge Mario Bergoglio.

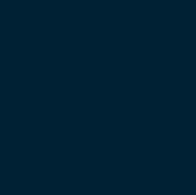
Esa visión de la Iglesia —que, en el fondo, fue un resumen de la recepción del Concilio Vaticano II en América Latina— se convirtió en el corazón del pontificado de Francisco. Esa visión fue la fuente, la hoja de ruta, el mapa que Francisco quiso seguir como Papa.

Es decir, al elegir a Francisco en 2013, los cardenales estaban eligiendo a alguien que implementara esa visión. Y esa visión, en ese sentido, ha hecho que la Iglesia Latinoamericana se convirtiera en el centro de gravedad de la Iglesia universal.

La fuente de renovación para la Iglesia universal siempre ha surgido de alguna Iglesia particular, en la que se da un dinamismo. La transición de 2013 fue, por tanto, una transición desde una Iglesia cuyo centro había sido Europa hacia una Iglesia multipolar, global, cuya fuente principal es América Latina.

A decir verdad, yo vengo diciendo desde hace años que el futuro de la Iglesia en esta generación ha sido definido por Aparecida. Y aunque yo predecía la elección de León, me quedé igualmente sorprendido. Estaba convencido de que sería él quien saldría elegido, pero al mismo tiempo me entró una duda... que es: si hubiera salido un europeo al balcón de San Pedro el 8 de mayo, el riesgo hubiera sido —digamos— que todo lo que había venido diciendo durante años acerca del legado de Francisco se hubiera sentido como una gran excepción, y no como el comienzo de una nueva era.

Pero no fue así. Al salir León, fue evidente —como dijo también el Cardenal Pierre— que es un hijo de Aparecida. Es un pastor latinoamericano. Y el hecho de que sea estadounidense es un don, porque tiene la capacidad de extender esa visión y misión, sobre todo al mundo angloparlante, que nunca terminó de comprender a Francisco, o que encontró muchas razones para no escucharlo, precisamente porque era latinoamericano. Ahora, un hijo de Chicago hablando el lenguaje de Aparecida es más difícil de ignorar.



Entonces, mi hipótesis es que este cónclave fue una respuesta al legado de Francisco. Y ese legado fue, ni más ni menos, que una reinvención, un rejuvenecimiento del Concilio Vaticano II, definido por su recepción en América Latina.

Esto no significa que buscaran una fotocopia de Francisco. Sabían muy bien que había necesidad de extender y arraigar esa reforma. Pero querían continuidad. Y como en 1963, aunque la mayoría de los cardenales querían eso, también había una minoría sustancial que no quería seguir en esa dirección.

En 1963, muchos pensaban que el Concilio había sido un error. Y ahora, muchos pensaban que el pontificado de Francisco era algo que había que dejar atrás. Por eso, la elección de León, apoyada desde el inicio por los cardenales latinoamericanos, me pareció muy significativa.

Ese legado de Francisco —ese legado de Aparecida— es el fruto de un discernimiento profundo de los signos de los tiempos, y de un cambio de época. Francisco entendió que estábamos pasando de una era de cristiandad occidental a una nueva época, más parecida a los tiempos apostólicos, en los que la Iglesia no tenía poder, ni prestigio, ni era fuente jurídica o de identidad cultural predominante.

El estilo de Dios —como él decía— debía ser también el estilo de la Iglesia: cercano y concreto. Eso era Francisco: cercanía, afecto, dignidad.

El gran legado de Francisco fue hacernos sentir conocidos y reconocidos. Y ese es también el punto de partida para una verdadera evangelización. A eso apuntaba su insistencia en la sinodalidad, y en la capacidad de la Iglesia de ser madre que acoge a todos.

Si Francisco amplió el espacio de la tienda, León está llamado a alargar sus estacas y reforzar sus cuerdas. Y, por su trayectoria, su capacidad de escucha, su experiencia de gobierno, y su sintonía con esa visión, estoy seguro de que será un gran Papa. Quizás más tranquilo, menos disruptivo, pero profundamente fecundo.

Muchas gracias.

Conferencia de Peter Casarella, profesor de Teología en el Divinity School de la Universidad de Duke

Agradezco, sobre todo, al Dr. Paredes y a la directora Bersano por la muy amable invitación y por ofrecerme la oportunidad de compartir unas breves reflexiones sobre el legado del Papa Francisco.

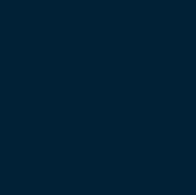
Papa Francisco ha escrito encíclicas y otros textos muy valiosos para la historia de la Iglesia. Sin embargo, hoy me centraré en tres dimensiones de su legado que no están necesariamente vinculadas a documentos: primero, su capacidad para generar procesos de renovación y participación dentro de la Iglesia — donde el contexto latinoamericano es clave, como han señalado otros panelistas—; segundo, su legado para las Américas y, en particular, para el pueblo hispano en Estados Unidos, que es el campo donde yo trabajo; y, tercero, el concepto de teología en su magisterio, destacando la importancia de la bula “Ad theologiam promovendam”.

Comencemos por los procesos de discernimiento y el “caminar en la fe”, con raíces ignacianas, como han documentado Austin y otros. El discernimiento de los espíritus en el sentido de San Ignacio y también el modelo de liderazgo de otro fundador de la Compañía de Jesús, Pedro Fabro, son muy importantes para entender los inicios del Papa Francisco. Pero como Papa, Francisco no guardó estas herramientas solo para sí: compartió estos procesos de discernimiento —originados en los Ejercicios Espirituales— como parte del magisterio vivo de la Iglesia. Esto ha sido clave para una Iglesia multipolar, como bien lo han señalado mis colegas panelistas.

También quiero destacar la bendición en el Luna Park de Buenos Aires en 2006. Fue un gesto de compromiso ecuménico muy significativo, y el Papa Francisco elevó este tipo de acciones a otro nivel. Como muchos argentinos saben, en 2006 hubo controversia por haber sido bendecido por un pastor evangélico. Pero también participó en esa ocasión el predicador de la Casa Pontificia, el P. Raniero Cantalamessa. Este gesto, que entonces fue audaz, se repitió en el balcón de San Pedro, cuando el Papa Francisco, tras su elección, pidió la bendición del Pueblo de Dios. Francisco nos enseñó que su pontificado no sería solo una “encíclica de palabras”, sino una “encíclica de gestos”.

Hay muchos recursos argentinos en su pontificado: la idea de la “patria grande” y la unificación de los pueblos de América Latina están profundamente enraizadas en su visión. Pero lo que quiero enfatizar es que el pontificado de Francisco no es fruto de un solo jesuita, sino de un equipo. En Estados Unidos hablaríamos de “teología colaborativa”. Fue una red de pensadores y agentes pastorales que acompañaron su formación y que prepararon el terreno para su pontificado.

Visité Buenos Aires en 2014 y todos hablaban de la austeridad de Jorge Mario Bergoglio. Pero tras su elección en 2013, vimos no solo un nuevo rostro, sino una pastoral renovada, una cercanía, un “olor a oveja”. En *Evangelii Gaudium*, encontramos una Iglesia en salida, una comunidad de discípulos misioneros que “primerean”, que se involucran, que acompañan, que fructifican y que celebran.



“Primerear” —como bien explicó Francisco— es un neologismo que alude a que la iniciativa siempre es de Dios. O como dijo el Cardenal Pierre: es el impulso del Espíritu Santo el que guía la acción de la Iglesia.

En este marco, los cuatro principios fundamentales de su pensamiento cobran especial relevancia: la unidad prevalece sobre el conflicto, la realidad es superior a la idea, el todo es superior a las partes, y el tiempo es superior al espacio. Este último me parece especialmente relevante en este momento, en que reflexionamos sobre su legado. El proceso sinodal —con sus dos fases— es expresión de esta lógica espiritual: no se trata de resolverlo todo rápido, sino de dejar que el Espíritu Santo actúe en la vida de la Iglesia.

Francisco también desarrolló la imagen del poliedro —como se ve en *Evangelii Gaudium*, S236— para expresar una unidad que no aplasta la diversidad. Rechazó tanto la homogeneidad como una diversidad sin comunión. El poliedro se convirtió en un símbolo de su visión de Iglesia, aplicable al ecumenismo, al diálogo interreligioso, a la relación entre Roma y las iglesias locales, y a los procesos misioneros como en Querida Amazonia.

En cuanto a su legado para las Américas y los Estados Unidos, quiero destacar dos momentos. El primero, bien conocido, es su histórico discurso ante el Congreso en 2015 —el primero de un Papa ante el Congreso estadounidense— donde citó a cuatro figuras proféticas: Abraham Lincoln, Martin Luther King Jr., Dorothy Day y Thomas Merton. Con ello, Francisco invitó a los estadounidenses a descubrir su espiritualidad desde su propia historia, y a ejercer su liderazgo en unidad con Roma y con la Iglesia universal.

El segundo momento, menos conocido, fue en junio de 2024, cuando envió un mensaje a ACTHUS (Academia de Teólogos Católicos Hispanos de los Estados Unidos). En ese mensaje, disponible en la web de ACTHUS, el Papa exhortó explícitamente a fortalecer el diálogo entre Norte y Sur, retomando el espíritu de *Ecclesia in America* de Juan Pablo II. Como mencionó Austen Ivereigh, esta experiencia compartida entre Francisco y Prevost es clave: ambos han vivido el puente entre el Norte y el Sur, y ambos buscan consolidarlo como práctica eclesial.

Mención especial merece su discurso en Filadelfia, en la Plaza de la Libertad, donde habló sobre libertad religiosa desde el mismo atril que usó Abraham Lincoln en Gettysburg. Ese gesto simbólico —rescatar el atril del museo para un discurso papal— nos dice mucho. Allí habló en español, a los hispanos de Estados Unidos, diciéndoles que su cultura es un don, y que están llamados a liderar la renovación de la sociedad desde el Evangelio.



Para cerrar, quiero volver al concepto de teología. Un Papa no cambia la esencia de la teología, pero puede proponer nuevos acentos. Francisco ha hablado de una “revolución cultural” en la teología, y lo ha expresado claramente en la bula *Ad Theologiam Promovendam*. Allí propone un giro paradigmático, cuyo modelo es la Encarnación del Verbo. Esto implica que la teología debe nacer en el encuentro, en la cultura, en las tradiciones vivas de los pueblos.

En esa misma bula, el Papa distingue entre multidisciplinariedad y transdisciplinariedad. Esta última —dice— “se piensa como ubicación y maduración del saber en el espacio de la luz y de la vida ofrecidas por la sabiduría que brota de la revelación de Dios”. Esto es clave para quienes trabajamos en universidades: no se trata solo de sumar saberes, sino de permitir que el Evangelio ilumine nuestras disciplinas desde dentro.

Este paradigma —la transdisciplinariedad— es lo que hace de la teología no solo una ciencia, sino un acto de sabiduría encarnada.

Muchas gracias.

Preguntas al panel:

La primera pregunta para el Cardenal Pierre: "La Iglesia necesita caminantes. ¿Cómo cree usted que la familia, primera educadora de sus hijos, es decir, formadora, debe enseñar y ser caminante en el mundo actual con tantos desafíos?"

La segunda pregunta es para el doctor Casarella: "¿Cuál es su idea o reflexión sobre la propuesta de cambio de un estilo de Iglesia de Francisco que aún no ha sido plenamente asumido? ¿Piensa que es así?"

Y finalmente, la tercera pregunta para el doctor Austen: "¿Qué tanto ha conocido al Papa Francisco? ¿Qué posición siente que ha tenido el Papa Francisco respecto al rol de la Iglesia de dar a conocer las inequidades del mundo, de mostrar los problemas más graves del mundo y de enfrentarse a ciertas fuerzas que aún hoy persisten?"

Abrimos micrófono para las respuestas. Gracias.

Bueno, me parece una pregunta muy importante sobre la cuestión de la familia. No sé si ustedes se acuerdan de que el primer ejercicio lanzado por Francisco para ayudar a la Iglesia a entrar en su método —Austin, usted habló del método de Francisco— fue justamente este: un método que viene, como usted también dijo, de la experiencia de Aparecida.

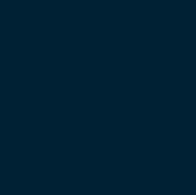
¿Se acuerdan de que en Aparecida los obispos se reunieron y ya tenían un proyecto hecho? Los documentos estaban preparados, y existía toda la guerra cultural que conocemos bien en América Latina. Cada uno entraba como un “guerrero cultural” para defender sus ideas. Y los obispos, pastores, después de casi veinte años de silencio —desde la Cuarta Conferencia de América Latina— después de la caída del Muro de Berlín, del colapso de la ideología marxista que había marcado tanto la historia de la Iglesia latinoamericana —como una clave de interpretación—, los obispos dijeron: “¿Qué está pasando en nuestra Iglesia?”

Y empezaron a mirar la realidad. Peter, usted habló también de los principios de *Evangelii Gaudium*, de los cuatro principios del Papa Francisco. Uno de ellos: “la realidad es más importante que la idea”. El peligro en la Iglesia —que conocemos bien; yo he estado diez años en Estados Unidos después de diez años en México— es la ideologización de la fe. Pensamos que para resolver los problemas tenemos que aferrarnos a ideas y principios, olvidándonos de la realidad. El Papa nos obligó a mirar la realidad. Esa fue una intuición fenomenal. Yo pienso que el Espíritu Santo actuó en Aparecida, precisamente cuando los obispos de América Latina dijeron: “Hay que ver la realidad”.

Y la realidad es una realidad que cambia. Se habló de la modernidad, de todo esto. Pero frente a una realidad que ha cambiado —un cambio cultural profundo—, identificaron la gran dificultad: transmitir la fe y los valores. ¿Dónde? Antes que nada, en la familia. También, claro, en la escuela, en la Iglesia, pero la familia es el lugar crucial.

Dijeron: “Ya no es como antes, un lugar natural de transmisión. Hay mucha dificultad. Los padres no saben qué decir a sus hijos”. Entonces, la gran pregunta fue: ¿qué podemos hacer nosotros para ayudar a las familias a transmitir la fe? Porque la función de la Iglesia es la transmisión, de una generación a otra. Pero no estamos ante una crisis generacional normal, como ha habido en todas las épocas: estamos ante un cambio de época tan profundo que exige modos diversos.

En mi opinión, ahí Bergoglio fue herido por el Espíritu Santo. Él tomó conciencia, junto con los otros obispos, de la necesidad de hacer un camino. Y la familia es el lugar esencial para ese camino de educación, de transmisión. Pero no podemos imponer ideas hechas, porque eso ya no funciona. La familia debe ser un lugar donde las personas estén abiertas al Espíritu Santo, habituadas y educadas al discernimiento, capaces de acercarse a otras personas para ayudarlas a caminar.



Fue muy significativo que el primer Sínodo lanzado por el Papa Francisco fue sobre la familia. Y yo diría que el punto de ruptura para muchas personas durante su pontificado fue precisamente ese Sínodo. ¿Se acuerdan? Algunas personas dijeron: “Esto sí, esto no...”. Porque es difícil bajarnos de nuestro pedestal y dejar de pensar que tenemos todas las respuestas. Hay que buscar, hay que caminar.

Pero no se trata de cualquier camino: es un caminar juntos, que nace del discernimiento. Y ahí también nació la idea de sinodalidad: caminar juntos para hacer un discernimiento justo, dejando que el Espíritu Santo nos ayude.

Es un método, como dijo Austin. Austin, hemos hablado mucho de estas cosas desde hace años. ¿Se acuerda cuando hicimos una reunión hace diez años en Milwaukee? Peter también lo ha experimentado. Pienso que eso es esencial.

Después del pontificado del Papa Francisco, todavía tenemos que seguir aprendiendo de él, precisamente para responder a los desafíos del cambio de época. Y estoy convencido —bueno, esto es una apuesta al futuro— de que el nuevo Papa, que es un hijo de Francisco —no hay duda—, pero también un americano, no solo de Chicago, sino también de Chiclayo, de América Latina, nos va a ayudar a continuar esta búsqueda. Porque el gran reto de la Iglesia es seguir viviendo este nuevo tiempo, ese camino de discernimiento, dejando hablar al Espíritu Santo. Ese es el corazón de la sinodalidad.

Muchas gracias. Una muy aguda e importante pregunta.

Sí, por un lado, parece que muchos de los ideales del estilo de Iglesia del Papa Francisco son todavía ideales o sueños. Entonces, mi respuesta tiene tres puntos muy breves.

Primero: hay un libro titulado *Soñemos juntos*, en el cual colaboró nuestro amigo Austen —muy felizmente, por cierto—. Ese libro tiene indicaciones muy importantes sobre el concepto de pueblo y el estilo de ser pueblo. Para los norteamericanos, creo que este libro es muy relevante.

Segundo: otra prioridad bergogliana en *Evangelii Gaudium* es la superioridad de la realidad sobre la idea. Encuentro el pensamiento teológico del Papa Francisco profundamente realista. Y ese es el método de CELAM: desde Medellín y Puebla hasta Aparecida. Involucrarse con movimientos populares, sostener conversaciones largas y pacientes con gente de las ciencias sociales, y practicar el “ver, juzgar y actuar” como fruto de esos encuentros con personas de muchas disciplinas —no solo académicos, sino también pastoralistas que están ya en el pueblo—.

El tercer punto es que muchas veces la no realización de estos sueños de Iglesia tiene que ver con las barreras que nosotros mismos hemos construido. Hablando desde mi experiencia en “Gringolandia”, en los Estados Unidos, hay una fuerte polarización. Entonces, mi cuarta prioridad —o quinta, si se quiere— bergogliana sería la doctrina: la Iglesia tiene prioridad sobre el compromiso partidario. Tenemos que superar nuestras diferencias. Estar en un partido puede estar bien, pero tener una alianza incondicional con un partido que no escucha a la Iglesia es un problema eclesial, en mi opinión.

Muchas gracias por la pregunta.

Gracias. Sí, la pregunta —la leo nuevamente para recordarla— es: ¿cómo puede el papado de León mantenerse fiel a la periferia o a la perspectiva de la periferia frente al centro? ¿Cómo evitar volver a una mentalidad centrada?

Es una muy buena pregunta. Muchos están haciéndola precisamente porque León es de Chicago, es de los Estados Unidos. Pero, como muy bien ha dicho el Cardenal Pierre, él ha sido formado por la Iglesia latinoamericana, sobre todo la Iglesia peruana, el pueblo peruano.

Porque, en Perú, ha habido tensiones entre dos visiones eclesiológicas. Y es muy evidente que León pertenece a la segunda: la de la misionariedad y la visión de la periferia.

Quiero recomendar un documental que salió ayer, hecho por el Vaticano. Está muy bien producido. En él, fueron a Perú a hablar con la gente de Chiclayo, del Callao, de Chulucanas, sobre la experiencia del pueblo con Prevost. Es muy claro que él es un pastor formado por el pueblo, evangelizado por el pueblo de Dios, como diría Francisco.

Y desde el balcón del Vaticano, podría haber hablado en inglés —hubiera sido impactante, siendo el primer Papa de lengua inglesa nativa desde Adriano IV, en el siglo XII, el único Papa inglés de la historia—, pero eligió hablar en castellano, recordando a su diócesis de Chiclayo. Me parece que eso fue muy significativo: se ubicó geográfica y eclesialmente en esa periferia peruana.

Como dijo muy bien uno de los periódicos italianos después del cónclave: Prevost era el americano menos americano de los americanos. En el sentido de que, por supuesto, es estadounidense, pero su forma de ser ha sido profundamente formada por la Iglesia latinoamericana.

Y el gran don de su pontificado, a mi parecer, es su capacidad para alcanzar un mundo crucial en este momento: los Estados Unidos. Lo que representa Estados Unidos en el mundo, tras el colapso del orden internacional bajo Trump, es algo muy preocupante —no sé si el Cardenal Pierre lo confirmará—, pero creo que muchos cardenales entraron al cónclave con esa preocupación.

Entonces, tener un Papa americano que puede hablar a esa realidad, pero desde otro tipo de poder —no el poder transaccional, brutal, tecnocrático que representa la administración no solo de Trump, sino de muchos líderes del mundo occidental—, es algo valiosísimo. En León vemos otro tipo de americano, que ejerce otro tipo de poder.

Hay que recordar la “Civitas Dei” de San Agustín, que evidentemente ha formado mucho a León. Allí, Agustín se pregunta cómo podemos estar en la ciudad de Dios y en la ciudad terrena al mismo tiempo. No se trata de rechazar la ciudad terrena, sino de ejercer otro modo de ser. Mostrar al mundo que hay una alternativa.

A lo que, como decía la pregunta, llamamos las totalidades del capital financiero, del poder tecnocrático, de la “libido dominandi” —como diría San Agustín—. Hay otra forma. Y en León, vamos a verla.

Oración de cierre de bloque S.E. Cardenal Christophe Pierre

Toda oración debe ser un agradecimiento. Como ya lo he dicho, yo he tenido el privilegio, siendo cardenal, de vivir este momento de transición en la Iglesia como una experiencia espiritual muy fuerte. Pero estoy bien consciente de que no fue solamente un privilegio concedido a un cardenal, sino un privilegio dado a toda la Iglesia.

Fue muy interesante observar cómo la persona del Papa Bergoglio, del Papa Francisco, incluso en su muerte, fue un acontecimiento mundial. Yo pienso que allí hubo un momento del Espíritu. Muchísimas personas se sintieron profundamente agradecidas por haber conocido —o al menos haber encontrado— a una persona de este tipo. Fue realmente algo extraordinario.

Creo que es muy importante que tomemos conciencia de esto. Porque eso es, precisamente, la oración. La Iglesia es el sacramento de la presencia de Dios dentro de nuestra realidad humana. La humanidad de la Iglesia es presencia de Dios, porque es la continuación de la Encarnación.

Y lo hemos vivido, en estos meses, a nivel mundial. Durante dos o tres semanas, el mundo entero estuvo mirando ese fenómeno tan particular. Luego vino la elección del nuevo Papa, y su llegada al balcón de San Pedro, que también fue otro acontecimiento mundial, en continuidad con ese proceso espiritual.

Y ahí hay una historia muy interesante, también relacionada con la Encarnación.

Muchas personas nos decían: “Es imposible que haya un Papa americano”. ¿Se acuerdan de eso? Sin embargo, yo pienso que era necesario que hubiera un Papa americano. ¿Por qué? Porque este Papa americano viene de Chicago, pero él es un verdadero americano.

Sus antepasados venían de Francia. Después, por distintas peripecias históricas, fueron a Haití. Y en la genealogía del Papa León hay personas que fueron traídas como esclavos desde África hasta Haití. Luego, su familia emigró desde Haití a Luisiana. Ese es un camino, un recorrido: ese es el verdadero americano.

El americano es una persona multicultural. Eso es lo que define a América. Y cuando uno celebra misa en muchas iglesias de Estados Unidos, como yo he hecho en Washington, uno ve esa multiculturalidad viva: la mitad de la comunidad está compuesta por personas afroamericanas, asiáticas, latinoamericanas, y también por descendientes de los primeros europeos que llegaron aquí.

Eso es América. Y yo pienso que el Papa León es un americano en el sentido más profundo, pero con una dimensión universal.

Y qué bueno. Eso me hace muy feliz: ver que la universalidad de la Iglesia no es solamente una idea, sino que debe estar reflejada en la realidad concreta de nuestra Iglesia, tal como es.

Gracias a Dios por eso.
Esa sería mi oración.
Muchísimas gracias.

SEGUNDO BLOQUE

Panel II: “León XIV: rostro pastoral y desafío del nuevo pontificado”



Conferencia de la hermana Helen Alford, presidenta de la Academia Pontificia de Ciencias Sociales

El título de nuestro panel menciona el “rostro pastoral” y los “desafíos del nuevo pontificado”. Cuando lo leí, me hizo recordar lo que ocurrió cuando el Papa Francisco fue elegido. En ese momento, varias personas no católicas se me acercaron diciendo: “¡El Papa Francisco está revolucionando la Iglesia Católica!”.

Me pareció curioso, porque recién había sido elegido y todavía no había hecho nada revolucionario. Pero comprendí que estaban captando algo importante. Les respondí que en realidad Francisco no estaba revolucionando nada, sino que estaba mostrando un rostro de la Iglesia que ya existía, pero que ellos nunca habían visto. Y ahora, él lo estaba haciendo visible.

Por eso, esta noción del “rostro pastoral” que ofrece un pontificado me parece una idea interesante. Y nos lleva a preguntarnos: ¿cuál es el rostro de la Iglesia que el nuevo Papa, León XIV, nos está mostrando? Y, por supuesto, cómo se relaciona esto con los desafíos actuales.

Si tuviera que resumir en una palabra el rostro que vemos en el Papa Francisco —y que ahora parece continuar con el Papa León XIV—, esa palabra sería continuidad. Hay dos niveles en esta continuidad. Primero, una continuidad inmediata, evidente en el modo en que el Papa León toma conceptos clave de Francisco —como fraternidad, sinodalidad, entre otros—, y los incorpora. Es claro que desea continuar muchas de las líneas pastorales y doctrinales de su predecesor.

Pero también hay una continuidad más profunda y de largo plazo, visible en el nombre que eligió: León XIV. Él mismo ha explicado que lo hizo en homenaje al Papa León XIII, y eso añade otra capa de continuidad. Al combinar estas dos figuras —Francisco y León XIII—, se genera algo nuevo: una síntesis original que teje diversas riquezas del ministerio petrino en una nueva etapa.

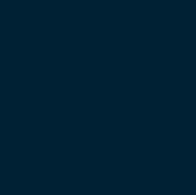
El Papa León XIV desea enraizarse profundamente en la tradición de sus predecesores, beber de la fuente apostólica, integrarse en esa sucesión, y desde ahí afrontar los nuevos desafíos del mundo contemporáneo.

Para desarrollar estas ideas, me apoyaré en dos discursos del Papa León XIV: el primero, del 10 de mayo, a los cardenales, y el segundo, pronunciado esta misma mañana, ante la Unión Interparlamentaria Internacional, en el marco del Jubileo de los Políticos.

En el discurso del 10 de mayo, su primera intervención pública, el Papa agradece a los cardenales y afirma:

“Me gustaría que renováramos hoy nuestro compromiso con el camino que la Iglesia universal ha recorrido desde hace décadas, a partir del Concilio Vaticano II.”

Luego introduce una clave interpretativa del Vaticano II: la lectura que hizo el Papa Francisco en la exhortación *Evangelii Gaudium*. León XIV destaca seis puntos de esa exhortación que considera fundamentales:



El retorno a la primacía de Cristo en el anuncio.

La conversión misionera de toda la comunidad cristiana.

El crecimiento en colegialidad y sinodalidad.

La atención al *sensus fidei*, especialmente en sus formas auténticas e inclusivas, como la piedad popular.

El cuidado amoroso por los pobres y los excluidos.

El diálogo valiente y confiado con el mundo contemporáneo.

Observamos cómo los primeros dos puntos aluden a la evangelización, y los siguientes dos al interior de la Iglesia. En ambos casos, el segundo punto de cada par subraya el papel de todo el Pueblo de Dios, no solo del clero. Los últimos dos puntos están fuertemente marcados por la sensibilidad social y dialogal del Papa Francisco.

Luego, el Papa León XIV habla del nombre que eligió y menciona a León XIII, quien en su encíclica *Rerum Novarum* abordó la cuestión social en el contexto de la primera revolución industrial. León XIV afirma que hoy nos enfrentamos a una nueva revolución industrial, vinculada en particular con la inteligencia artificial (IA). Señala que esta plantea desafíos serios para la dignidad humana, la justicia y el trabajo. Esa será, dice, una de las claves de su pontificado.

En su discurso de esta mañana ante los parlamentarios, el Papa León retoma el principio —tomado de Pío XI y recuperado por Francisco— de que la política es la forma más alta de caridad. Desarrolla tres puntos:

El bien común: insta a los políticos a promoverlo por encima de intereses particulares, con atención especial a los más vulnerables y marginados. Señala que los políticos tienen la responsabilidad directa de custodiar el bien común, a diferencia de otros sectores que solo pueden contribuir indirectamente.

La libertad religiosa y el diálogo interreligioso: subraya que los gobiernos deben crear condiciones para una auténtica libertad de religión y un encuentro constructivo entre credos. Añade que la fe en Dios es una fuente inmensa de bondad y verdad para las personas y las sociedades, y que excluir lo trascendente empobrece la vida pública.

La ley natural: propone buscar un punto de referencia común en la ley natural, “no escrita por manos humanas, válida en todo tiempo y lugar, y cuyo argumento más convincente se halla en la propia naturaleza.” En línea con *Laudato Si'*, afirma que, así como debemos respetar la naturaleza exterior, también debemos reconocer y respetar la naturaleza humana: nuestro deseo de conocer, de vivir en



comunidad, de amar, de formar familias. Eso, dice, puede ser una base para reconstruir consensos políticos.

Finalmente, retoma el tema de la inteligencia artificial. Afirmo que su desarrollo puede ser positivo solo si no atenta contra la identidad y dignidad del ser humano ni sus libertades fundamentales. Recuerda que la IA debe estar al servicio de la humanidad, no sustituirla. Y concluye:

“Nuestra vida personal tiene más valor que cualquier algoritmo, y nuestras relaciones sociales necesitan espacios de crecimiento que ninguna máquina sin alma puede preconfigurar.”

La IA —dice— tiene una memoria estática, en contraste con la memoria humana, que es creativa, dinámica y generativa, capaz de unir pasado, presente y futuro en una búsqueda viva de sentido.

En resumen, estos dos discursos iniciales nos muestran con claridad el rostro de Iglesia que empieza a delinear el Papa León XIV:

Una Iglesia que continúa con Francisco, bebe de León XIII, y asume los desafíos actuales, especialmente la revolución tecnológica. Una Iglesia misionera, sinodal, sensible al mundo contemporáneo, enraizada en la tradición, y con una visión ética profunda frente a la IA.

Gracias por su atención.

Conferencia del Dr. Rodrigo Guerra López, secretario de la Pontificia Comisión para América Latina

Introducción personal: una elección inesperada

Muy buenas tardes tengan todos ustedes. Agradezco mucho la invitación de Mario Paredes y de Lara Bersano para estar este ratito platicando sobre el rostro pastoral del Papa León XIV y los desafíos del nuevo pontificado.

No puedo iniciar de otra manera más que diciendo que, a diferencia de otros analistas —algunos de los que están aquí— que ya veían venir que el Cardenal Prevost podía ser Papa, su servidor, secretario justo del Cardenal Prevost durante los últimos años, deseaba por supuesto en su corazón que el Cardenal pudiera ser considerado por el Colegio Cardenalicio, pero de ninguna manera lo previó. Yo estaba, junto con mi esposa, allí en la Plaza de San Pedro el día 8 de mayo, esperando escuchar algún nombre, pidiéndole a Dios que el Papa elegido simpatizara con América Latina, que la conociera un poco. Fui de esos millones de sorprendidos que realmente quedamos atónitos ante la gracia inmerecida que irrumpió con la elección del Papa León XIV.

Si algo puede sintetizar mi experiencia personal de ese momento, es la expresión: “acontecimiento”. Fue un acontecimiento de gracia. El mirar que de repente el cardenal más modesto de la Curia —el que no buscaba los reflectores, el que se encontraba dedicado a su trabajo sin dar conferencias, sin ser un rockstar vaticano— hubiera sido elegido Papa fue una sorpresa enorme.

Una vocación agustiniana

Para descubrir el rostro pastoral del Papa León XIV hoy, tenemos que mirar el video que fue publicado ayer: “León del Perú”, tenemos que ver los testimonios de las personas que lo conocieron cuando era obispo de Chiclayo, pero también su biografía, sus orígenes vocacionales.

Uno de los ingredientes que más dibujan su perfil pastoral e intelectual es el descubrir que él es un hijo de San Agustín. Es un misionero agustino que descubrió su vocación al sacerdocio y a la vida consagrada a través de ese Padre de la Iglesia que nos vino a recordar —en momentos muy complicados de la historia— que el cristianismo no es un conjunto de normas morales ni de valores, sino que lo que salva no es el esfuerzo personal, sino un acontecimiento de gracia.

Una clave teológica: contra el pelagianismo

Me llamó mucho la atención que, en uno de sus primeros discursos, el Papa León XIV nos regala lo que, a mi parecer, es el corazón de su biografía intelectual. Si uno busca en internet grandes desarrollos teológicos de él, va a encontrar muy poco. Pero si mira su currículum, descubre que ha sido profesor de Patrología, que ha enseñado pensamiento agustiniano y que pertenece a la Orden de San Agustín. En uno de sus discursos iniciales, cita un texto poco conocido de San Agustín, que se encuentra en el *Opus imperfectum*, dentro de la controversia antipelagiana.



San Agustín advierte: “Este es el oculto veneno de vuestro error: que hacéis consistir la salvación en el ejemplo de Jesucristo y no en el don de su persona.”

Pelagio era un hombre correcto, un gran líder, orador, con vida intachable y que hablaba de Cristo como modelo moral. Pero San Agustín discierne que el peligro está en hablar de Jesús sin reconocer su sacrificio, sin aceptar que Él dio su vida por nosotros. En otras palabras: vivir sin Cristo, aunque se hable de Él.

La primacía de la gracia

Creo que este es el primer gran elemento que perfila el rostro pastoral del Papa León XIV: la convicción absoluta en la primacía de la gracia. Como diría el Papa Francisco, “Cristo nos primerea”. Antes que nuestras iniciativas, esfuerzos o estrategias, es Cristo quien actúa primero.

¿Cuántas veces no hemos experimentado que, a pesar de una pobre preparación pastoral, Dios regala frutos abundantes? Porque es por gracia, no por mérito. Dios nos sorprende, incluso en los escenarios más oscuros.

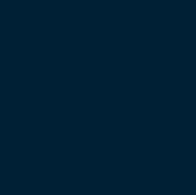
Y creo que esta gracia se manifiesta también hoy en la figura del Papa León. Muchas personas me han dicho en estas semanas: “Escuchar al Papa León me da paz, me da certeza, me da alegría esperanzada.”

La ley natural como brújula

Segundo ingrediente: en el mensaje reciente del Papa León XIV a los políticos con motivo del Jubileo de los Gobernantes, él recuerda que, si bien la gracia salva, también hay una brújula para nuestra libertad: la ley natural.

Esta ley no salva, pero orienta. La ley natural no es una idea abstracta; es lo que persiste a través de los cambios, como enseñaron los griegos con el concepto de physis. Las exigencias de esa naturaleza, discernidas por la razón, constituyen la ley natural.

Para ilustrarlo, el Papa cita a Cicerón, ese amante de la república, defensor de una democracia antigua (primitiva, pero democracia). Cicerón fue asesinado cuando el poder sacrificó la república para iniciar el imperio. La ley natural, recuerda el Papa, es la brújula que nos ayuda a construir el bien personal y el bien común.



Unidad: el gran desafío

Entre los desafíos que el propio Papa ha reconocido está el de la unidad. Ha elegido como lema “In illo unum”: hacer unidad en torno a Cristo.

No se trata de una frase motivacional. Es un programa de reconciliación no basada en moda o sentimiento, sino al estilo de Jesús: acogiendo a todos, expandiendo la tienda, como recordaba Austin Ivereigh citando a Isaías.

Unidad no homogénea, sino diversa, verdadera, basada en la caridad de Cristo.

Sinodalidad: comunión en movimiento

Otro desafío: aprender a vivir la unidad como una comunión dinámica, en movimiento. Es decir, sinodalidad.

Estamos en la tercera etapa del Sínodo: la implementación. Todas las diócesis deben vivir la sinodalidad y presentar esa experiencia en la gran Asamblea Eclesial de 2028. El Papa León XIV deberá acompañar este proceso de reforma sinodal.

Un mundo polarizado y tecnificado

El Papa ha señalado otro desafío: la cuestión social en medio de la cuarta revolución industrial.

Vivimos una convergencia de nuevas tecnologías —IA, nanotecnología, biotecnología, exploración espacial— que transforman el mundo del trabajo. Es previsible que haya desplazamientos laborales. Al mismo tiempo, crece la polarización política global.

Esto revela un problema profundo: el desarrollo técnico no va a la par del desarrollo humano. Si la capacidad de transformar el mundo no crece junto con la capacidad de respetar la dignidad humana, se genera una peligrosa espiral de violencia.

Desarmar el lenguaje, desarmar el mundo

Por eso, una parte central del mensaje del Papa León XIV será, como ya lo fue con el Papa Francisco, desarmar el lenguaje.



Las violencias físicas comienzan con violencias verbales. El desarme comienza por el lenguaje. Julián Carrón, en su libro *La belleza desarmada*, decía que la verdad y el bien deben ser propuestos, no impuestos. El Reino no necesita ser armado con estrategias humanas: Cristo transforma los corazones por sí mismo.

Conclusión: la conversión empieza por mí

Así, el Papa León afirma la primacía de la gracia, la brújula de la ley natural, y la necesidad de transformar el mundo. Pero esa transformación comienza en el propio corazón.

El mayor problema de la Iglesia no son los abusadores, ni los populistas. El mayor obstáculo soy yo, cuando no dejo que Dios transforme mi corazón.

Esa es la perspectiva de San Agustín. Y esa parece ser también la perspectiva del Papa León XIV, basada en su vida, su testimonio y ahora en su magisterio.

Que sepamos acoger esa tierna corrección y trabajar con confianza, sabiendo que el fruto lo da el Señor.

Quisiera retrotraerme un poco a los inicios del pontificado del Papa Francisco. Recuerdo que, a las pocas semanas o meses de iniciado su pontificado, comenzó a hablarse de la “Iglesia de Francisco”. Algunos utilizaban esta expresión para exaltar las novedades que el Papa introducía rápidamente desde el momento mismo en que salió al balcón de la Plaza San Pedro. Otros, en cambio, la empleaban para denostarlo, acusándolo de querer provocar una ruptura, de fundar una Iglesia nueva. Así, en torno a esa expresión —“la Iglesia de Francisco”— surgieron dos posturas claramente contrapuestas.

Les confieso que nunca me gustó esa denominación. Me evocaba las palabras de san Pablo: “¿Acaso soy yo de Pedro? ¿Acaso soy yo de Apolo?” Era como si se intentara contraponer figuras, hacernos creer que nacía una nueva Iglesia. Pero el Papa Francisco fue siempre claro: él no venía a inventar nada nuevo, sino a llevar a cabo lo que los cardenales habían pedido en las congregaciones generales previas al cónclave que lo eligió.

Desde el inicio, se inscribió en lo que el Papa Benedicto XVI llamó “la hermenéutica de la reforma en la continuidad del único sujeto Iglesia”, en aquel importante discurso de Navidad de 2005 a la Curia Romana. Siguiendo de cerca el pontificado de Francisco, y también los de sus predecesores —desde Pablo VI hasta Juan Pablo II y Benedicto XVI—, uno advierte que lo que Francisco ha hecho es avanzar, sí, pero en plena continuidad con los obispos de Roma que lo precedieron.

Si Francisco pudo dar ciertos pasos, fue gracias a que sus antecesores ya habían abierto camino. Gran parte de ello se remonta al Concilio Vaticano II, que a su vez se inscribe en una continuidad con los concilios anteriores. El Papa Juan XXIII, en su discurso inaugural del Concilio, distinguía claramente entre el “depósito de la fe” —las verdades sustanciales de la doctrina— y los modos en que éstas se expresan.

Hace ya casi 40 años, Juan Pablo II nos convocaba a una “nueva evangelización”: nueva en sus métodos, en su ardor, en sus formas de expresión, pero no en sus contenidos. Francisco ha sabido encarnar esta continuidad. Su gran novedad ha estado en los métodos, los gestos, el estilo, guiando a la Iglesia con una visión profundamente latinoamericana. Lo que era antes periferia deja de serlo. O, si se quiere seguir llamando así, esa “visión desde la periferia” se ha integrado plenamente a la Iglesia universal.

Desde esta perspectiva, y aun a riesgo de simplificar, propongo una aproximación a los tres papados que nos conectan con los desafíos actuales de nuestro querido Papa León XIV. San Juan Pablo II desplegó un inmenso abanico doctrinal y pastoral derivado del Concilio Vaticano II. Como decía Congar, el Concilio implicó un “giro copernicano” en la autocomprensión de la Iglesia.

Durante el segundo milenio, especialmente tras la Reforma Luterana, la Iglesia pasó de centrarse en el bautismo a una autocomprensión marcada por la Eucaristía y el orden sacerdotal, generando una visión piramidal que, sin ser falsa, es incompleta. El Vaticano II vuelve a centrar la Iglesia en el pueblo de Dios, en la comunidad, como bien expresa la constitución *Lumen Gentium*, particularmente el



número 8, que recoge toda la tradición bíblica y patristica: Cuerpo de Cristo, comunidad de amor, familia de Dios, templo, sacerdocio real.

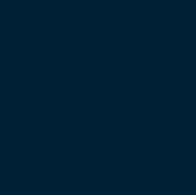
Juan Pablo II desplegó también la renovación litúrgica (*Sacrosanctum Concilium*), la relación Iglesia-mundo (*Gaudium et Spes*) y tantos otros documentos. Luego vino el querido Papa Benedicto XVI, con un magisterio profundamente teológico y espiritual. Ya Juan Pablo II había dicho que era hora de recuperar la primacía de la gracia, y Benedicto lo reafirmó, centrando todo en Cristo. Recordemos *Deus Caritas Est*: no se comienza a ser cristiano por una decisión ética ni por una gran idea, sino por el encuentro con una Persona viva, Jesucristo.

Benedicto XVI nos dejó documentos fundamentales sobre la fe, la esperanza y la caridad. Y fue él quien dejó lista la que sería la primera encíclica de Francisco: *Lumen Fidei*. Así llegamos a Francisco, quien nos ayuda a “aterrizar” todo esto en la vida cotidiana. Mateo 25 se convierte en su protocolo. Y cuando le preguntaron por qué hablaba tanto de los migrantes y no del aborto, respondió: “Porque del aborto ya se ha hablado mucho. Yo soy católico, hijo de la Iglesia, pienso lo que piensa la Iglesia”. Una expresión hermosa de continuidad.

Francisco, además, tuvo que enfrentar con decisión temas delicados como el abuso sexual —que ya Juan Pablo II y Benedicto habían comenzado a abordar—, pero también la ecología, los migrantes, el ecumenismo, el diálogo interreligioso, la reforma de la Curia, el clericalismo, la rigidez. Temas todos que enfrentó desde una continuidad pastoral y doctrinal.

Y en ese contexto llega nuestro querido Papa León XIV. Como bien decía el Dr. Rodrigo Guerra, su elección ha sido una sorpresa para muchos. Pero basta mirar su recorrido para entender la profunda preparación de este hombre de Dios. Nacido en una familia migrante, formado en EE. UU., enviado al Perú apenas ordenado, comenzó su ministerio en la prelatura de Chulucanas, pasó por Trujillo, fue formador, profesor, provincial, superior general de los Agustinos, recorriendo el mundo, y luego prefecto de un dicasterio en Roma. Su mirada es global y latinoamericana al mismo tiempo.

Tuve el honor de conocerlo en la Conferencia Episcopal Peruana, donde trabajamos juntos en la Comisión Jurídica. Vi en él un hombre de enorme capacidad de trabajo, profundo conocimiento del derecho canónico, pero sobre todo un gran sentido pastoral y una actitud dialogante, prudente, abierta. Fue clave en la reforma de los estatutos de la Conferencia y miembro activo del Consejo Permanente. Un hombre de gobierno, pero también de escucha.



Con Francisco y ahora con León XIV, me atrevo a decir que la distinción entre centro y periferia ya debería volverse obsoleta. La universalidad del colegio cardenalicio y la experiencia global de estos papas hacen que esa categoría pierda vigencia. León XIV nos invita a caminar juntos, “con ustedes pastor, con ustedes oveja”, como dijo citando a San Agustín. Una sinodalidad centrada en Cristo. Una caridad no como obra social, sino como amor recibido y transmitido. Una comunicación “desarmada y desarmante”.

Nos pide unidad para la misión, fidelidad al kerigma, primacía de Cristo. Como decía Jesús: “Ámense los unos a los otros como yo los he amado, para que el mundo crea que ustedes son mis discípulos”. Y así, que vuelva a resonar en el mundo aquella frase de los primeros siglos: “Miren cómo se aman”.

Larga vida a nuestro querido Papa León XIV. Larga vida a nuestra Academia en esta nueva etapa.



Preguntas al panel:

Pregunta al Dr. Rodrigo Guerra: Doctor Guerra, ¿cuál considera que seguirá siendo el rol de la Iglesia latinoamericana en el contexto actual del mundo, plagado de guerras y conflictos? ¿Cree usted que seguimos siendo una Iglesia en una región de paz?

Pregunta a Monseñor Javier del Río: ¿Qué recomendaciones le haría a esa Iglesia “en salida” a la que nos convocó el Papa Francisco, y que ahora debemos continuar con el Papa León XIV?

Gracias por la pregunta. Es muy buena y pertinente. Hoy tenemos al segundo Papa latinoamericano. ¿Qué puede significar América Latina para el contexto del mundo y de la Iglesia? Papa León XIV ha abrazado su identidad peruana y latinoamericana con alegría desde hace muchos años.

Tal vez la respuesta pueda construirse en varios elementos. El primero: el 48% de los católicos en el mundo se encuentran en América Latina. Por tanto, cuando hablamos de América Latina, no nos referimos a un segmento folklórico o pintoresco dentro del contexto eclesial, sino a prácticamente la mitad de la Iglesia. Muchos destacan hoy el crecimiento de la Iglesia en África o en Asia, lo cual es cierto, pero aún no existe, en términos cuantitativos, comparación con América Latina.

Segundo: América Latina es, si me permiten decirlo así, el “occidente del occidente”. La Iglesia se ha hecho más católica con el primer Papa latinoamericano, y no digamos ahora, con este segundo pontífice que también integra su experiencia con América del Norte. América Latina cumple, providencialmente, un papel singular. Si observamos con atención los últimos 500 años, encontraremos una gran lección: el 12 de diciembre de 1531, el Evangelio corrigió la mirada de los conquistadores españoles y también el corazón de muchos habitantes del Nuevo Mundo. Nació una nueva síntesis —barroca, compleja, no homogénea— que nos hermana a todos con una historia común, una lengua, y muchos elementos de estirpe cristiana.

Esa síntesis comenzó con la presencia de María, y dentro de pocos años —en 2031— celebraremos el quinto centenario del acontecimiento guadalupano, preparatorio del segundo milenio de la Redención, en 2033. Ese horizonte tiene un carácter providencial y programático: volver a proponer la fuerza del Evangelio desde América Latina hacia el mundo.

América Latina ha ofrecido ya dos Papas a la Iglesia universal, pero también ha contribuido desde el origen con las múltiples advocaciones marianas que atraviesan toda la región, anunciando que el futuro es de Cristo, a través de María; que hay esperanza en Cristo, a través de María; que nuestra conversión depende de Cristo, cuando permitimos que la Virgen supla nuestras torpezas con sus virtudes.

¿Qué le depara a América Latina en este nuevo contexto? Un papel profético. Ya no una Iglesia espejo, sino una Iglesia fuente. Todos accedemos a la Iglesia universal desde nuestra Iglesia particular, pero debemos también descubrir en ella la riqueza de lo universal. Ese es nuestro reto.

Si lo vivimos de corazón, podremos acompañar al Papa León XIV con cercanía. Ya basta de admirar a los Papas latinoamericanos desde lejos. Tenemos que seguir sus huellas. No como Nicodemo, a escondidas y desde la distancia, sino con compromiso, acompañándolos, ayudando a explicar sus enseñanzas.



Recuerdo cómo en el pontificado de San Juan Pablo II hubo hombres valientes que ayudaron a explicar su magisterio. Uno de ellos está aquí presente: Rocco Buttiglione. En el pontificado de Benedicto XVI, también surgieron grandes intérpretes. En el pontificado de Francisco, pienso en autores como Austen Ivereigh o Massimo Borghesi, que ayudaron al mundo europeo, norteamericano y también a nosotros, los latinoamericanos, a comprender la teología del pueblo, la piedad popular como experiencia teologal, como mística popular.

Hoy tendremos que hacer lo mismo con el Papa León XIV: acompañar su magisterio, promoverlo, explicarlo, y cuando sea necesario, defenderlo. No desde el enojo ni desde lo reaccionario, sino con la alegría del Evangelio, como católicos libres y responsables.

Muchas gracias. Respecto a la pregunta, considero que hay un paso necesario —no sé si el más urgente o el más prioritario— pero sí fundamental: dentro de la Iglesia todavía subsisten muchos prejuicios. Prejuicios de unos contra otros. Todavía nos falta redescubrir y valorar plenamente el rol del laicado.

Para que esa Iglesia en salida, a la que nos llamó el Papa Francisco, y esa nueva evangelización convocada por San Juan Pablo II, puedan seguir dando fruto, es imprescindible reconocer y potenciar la vocación y la misión de los laicos. También debemos aprender a respetar las distintas perspectivas teológicas y estilos pastorales, sin juzgarnos mutuamente ni pretender que los demás hagan todo a nuestra imagen y semejanza. Debemos dejar que el Espíritu Santo siga soplando.

El Papa León XIV, en uno de sus discursos recientes en el Jubileo de los Movimientos, nos recordó que jerarquía y carisma son coesenciales en la Iglesia, citando al propio San Juan Pablo II. Ese es un gran desafío: superar los prejuicios y permitir que cada uno viva su fe dentro de la amplitud de la Iglesia Católica, que, como decía el Papa Francisco, “es lo suficientemente amplia como para que haya espacio para todos, todos, todos”.

Más que mirar los pequeños detalles (como dicen en italiano, la *piccolezza*), debemos dejar que cada uno anuncie el Evangelio desde su propio carisma, con los dones recibidos del Espíritu. Todavía hay clericalismo. Y eso nos toca, en primer lugar, a nosotros los obispos: afrontar ese problema en nuestras Iglesias particulares, y evitar que esa enfermedad contagie a los laicos. Porque el clericalismo no es sólo cosa de clérigos; también es problema de laicos que quieren comportarse como clérigos sin serlo.

Al mismo tiempo, tenemos la gran libertad de los hijos de Dios. Como dice San Pablo: “Para ser libres, Cristo nos liberó”. Siguiendo a San Agustín, en lo esencial, unidad; en lo opinable, libertad; y en todo, caridad.

Muchas gracias.

Adriana Siritto,
Coordinadora de Escuelas de Líderes Católicos
del Cono Sur y Centroamérica

Conclusión de los paneles

Muchísimas gracias. Qué gran misión me han encomendado, ¿no? Pero voy a intentar inspirarme en el Espíritu Santo, que tantas veces fue invocado en el día de hoy, y hablar simplemente como hija de una Iglesia viva y en salida, que abraza al mundo. Me gustaría compartir algunas ideas. Por favor, permítanme: después de tantas eminencias que han hablado antes, estas serán sólo unas humildes conclusiones como hija, incluso de una parroquia muy chiquita.

Tuve la dicha de crecer en una familia con fe, y eso seguramente encamina mi corazón y concentra mi mente.

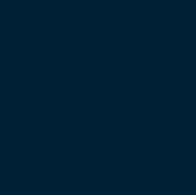
Primera idea: hoy ha nacido con fuerza la certeza de que hay un legado sembrado de sinodalidad. Francisco nos enseñó a caminar juntos, a escuchar con el corazón abierto, y a construir una Iglesia de diálogo, encuentro y participación. Nos recordó que no somos espectadores, sino protagonistas de un tiempo nuevo.

Segunda idea: dos grandes pastores —Francisco y León—, con “olor a oveja”, nos han mostrado un magisterio encarnado. Nos enseñaron a salir, a tocar la carne de Cristo. Como se dijo en el primer panel, esto nos desafía a vivir junto al pueblo de Dios, compartiendo no solo sus gozos, sino también sus dolores. En este camino, León XIV asume esa misma cercanía, alentándonos a permanecer junto a quienes más sufren, allí donde el Evangelio se transforma en cuerpo y en esperanza.

Tercera idea: la paz como horizonte evangélico. En un mundo fracturado —como lo señaló Rodrigo Guerra— por guerras, odios y exclusiones, Francisco fue un artesano de paz, con sus gestos, sus palabras y también sus silencios. León XIV hereda esa misión con firmeza y una dulzura incalculable, convocándonos a una paz profunda, nacida del Evangelio, y construida comunitariamente. Una paz que florece allí donde hay justicia, misericordia y amor.

Cuarta idea: la caridad como alma de la Iglesia. Se habló mucho de solidaridad y caridad. Francisco vivió el Evangelio en cada abrazo a los excluidos, en cada palabra que ponía a la persona en el centro. León XIV retoma ese testigo con humildad y con una mirada ampliada. Sabe que la caridad no se declama: se practica, se abraza al mundo. Y también surgió, en el segundo panel, la mirada política: la política como la más alta forma de la caridad, como enseñaba la hermana Helen, para orientar la humanidad al bien común.

Quinta idea: la esperanza como lenguaje de Dios. La elección de León XIV, en plena Pascua, bajo el signo de la Virgen de Fátima y del Buen Pastor, trae consigo una promesa: que Dios no abandona a su pueblo. Es el tiempo de los líderes con alma. De una Iglesia que no se encierra en sus miedos, sino que se lanza al mundo con la certeza de que el Espíritu Santo —que hoy tanto se invocó aquí— sigue escribiendo páginas nuevas en nuestra historia. Perdón por mi emoción.



Sexta idea: una Iglesia puente entre generaciones. Francisco nos regaló esta visión maravillosa de la intergeneracionalidad: los jóvenes soñando y los mayores profetizando. León XIV la profundiza con un espíritu paternal. Las primeras ideas que surgieron en el panel recuerdan que el Reino se construye con todos y para todos, con un abrazo de fraternidad y, sobre todo, de paz. Una reconciliación que nos permite hacer circular el don de la humanidad.

Séptima idea: la familia como escuela de humanidad. Para León XIV, la familia no es sólo una institución: es un hogar sagrado donde se aprende a amar. En las preguntas surgidas durante los paneles, muchas respuestas señalaron a la familia como refugio, como espacio donde aprendemos a amar, a perdonar, a cuidar. En un tiempo tan marcado por el individualismo y la fragmentación, se reafirma que la familia —en todas sus etapas y expresiones— es el corazón de la Iglesia doméstica, donde florecen la fe, la ternura, la esperanza y la humanidad.

Octava idea: abrazar la multiculturalidad y salir en misión. León XIV, con raíces diversas y corazón universal —como se destacó también en el segundo panel—, representa una Iglesia que no teme la diferencia, sino que la transforma en riqueza. Tiene un estilo misionero y una apertura al mundo que es testimonio vivo de una Iglesia sin fronteras.

Novena idea: el Espíritu Santo actúa en la historia de la humanidad. Creo que fue el hilo conductor de ambos paneles. No estamos solos ni perdidos en los vaivenes del mundo. Cada etapa, cada transición, cada elección —como dijo León XIV— es signo de que el Espíritu sigue soplando donde quiere, renovando la faz de la tierra. En este tiempo de incertidumbre global, de divisiones y de transformaciones vertiginosas, el Espíritu actúa silenciosamente, pero con fuerza y firmeza, animando a la unidad.

Décima idea: hay un legado maravilloso de continuidad que renueva. Esta transición es fidelidad al Evangelio. Es una clave de esperanza. Una continuidad que abre nuevas puertas, que se deja sorprender por Dios, y que no olvida que lo esencial se ve con los ojos del corazón.

Queridos hermanos y hermanas: que el mundo nos encuentre con el corazón encendido. De alguna manera, estos dos paneles nos han llamado a abrir el corazón, a poner los pies en camino, y a dejar el perfume inconfundible de quienes caminan junto al pueblo. Nos están invitando a seguir escribiendo el Evangelio en la historia.

Muchas gracias.



Oración final

Monseñor Javier del Río, Arzobispo de Arequipa

Damos gracias a Dios por este encuentro, el primero en el nuevo pontificado de nuestro querido Papa León XIV.

Le pedimos al Señor que lo guíe con toda la fuerza y la sabiduría del Espíritu Santo, para que, en continuidad con sus predecesores y con estos dos mil años de Iglesia, pueda seguir conduciéndonos hacia la plenitud del Reino.

Que en este caminar sinodal, por estas tierras de nuestro planeta, podamos llevar siempre el kerigma, el anuncio de la Buena Noticia, a tanta gente que todavía no conoce a Dios, a tanta gente que vive sola, desamparada, sin esperanza.

Y que podamos hacer creíble ese anuncio del Evangelio, hacerlo creíble con nuestra propia vida cotidiana, sobre todo a través del amor entre los hermanos, de la comunión dentro de la Iglesia.

Que nuestra Academia de Líderes Católicos, en esta nueva etapa, pueda ser también un ejemplo de esa comunión, de esa unidad, de esa apertura, de esa escucha mutua que nos enriquece a cada uno y que enriquece no solamente a América Latina, sino al mundo entero.

Que los bendiga Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Amén.

Cardenal Christophe Pierre

Prelado francés, realizó sus estudios básicos en Madagascar y en Marruecos. Master en Teología por el Instituto Católico de París y Doctor en Derecho Canónico por la Pontificia Universidad Lateranense de Roma. Graduado como diplomático por la Pontificia Academia Eclesiástica de Roma. Ingresó al servicio diplomático del Vaticano sirviendo en Nueva Zelanda, Mozambique, Zimbabwe, Cuba y Brasil. Ha sido observador permanente de la Santa Sede ante las Naciones Unidas en Ginebra; nuncio apostólico en Haití, Uganda y México. Desde el año 2016 fue nombrado por el Papa Francisco como nuncio apostólico en los Estados Unidos y desde el año 2023 Cardenal de la Iglesia Católica.

Austen Ivereigh

Escritor y periodista británico conocido por sus libros sobre y con el papa Francisco. Profesor de Historia Contemporánea de la Iglesia en Campion Hall (Oxford), colabora habitualmente en las revistas *The Tablet* y *America*. Es autor de dos biografías autorizadas del papa Francisco (*El gran reformador* y *Wounded Shepherd*) y de *Cómo defender la fe sin levantar la voz*. Es coautor con el papa Francisco de: *Soñemos juntos. El camino a un futuro mejor*, que ha estado en las listas de libros más vendidos del *New York Times*.

Peter Casarella

Teólogo sistemático con experiencia en religiones del mundo y la iglesia global, y actualmente forma parte de la Duke Divinity School desde 2020. Antes de esto, ocupó cargos de liderazgo y docencia en la Universidad de Notre Dame y la Universidad DePaul, donde fue director fundador de un centro de catolicismo global. Su extensa carrera incluye la publicación de noventa y un ensayos sobre temas que van desde el neoplatonismo cristiano hasta la presencia hispana/latina en la Iglesia católica. Ha presidido importantes sociedades académicas (como la American Cusanus Society y ACHTUS), y ha participado en diálogos ecuménicos internacionales como el de la Alianza Mundial Bautista-Católica Romana. Es autor de la monografía *Palabra como Pan* (2017), editor de varios volúmenes, y está trabajando actualmente en *El Dios del Pueblo: Una Teología Latinx*.

Hermana Helen Alford

Presidenta de la Pontificia Academia de Ciencias Sociales. Es economista y fue designada en ese cargo en 2023 por el Papa Francisco. Doctora en Ingeniería por la Universidad de Cambridge, ingresó en la Orden de las Hermanas Dominicas en 1994. Desde entonces se ha dedicado a la docencia universitaria, con un enfoque especial en ética económica, política, laboral y en la Doctrina Social de la Iglesia. Actualmente es profesora titular y decana de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Pontificia Santo Tomás de Aquino (Angelicum) en Roma, donde también se ha desempeñado como vicedirectora.



Rodrigo Guerra López

Secretario de la Pontificia Comisión para América Latina. Filósofo, doctor summa cum laude por la Academia Internacional de Filosofía en Liechtenstein, cuenta con una destacada trayectoria académica y eclesial. Ha sido profesor en diversas universidades de prestigio, como la Universidad Panamericana, la Universidad Iberoamericana y la Universidad Católica de Chile. Ha impartido conferencias en la Universidad Católica de Lublín, en Polonia. Es autor y coautor de más de 35 libros centrados en antropología filosófica, bioética y Doctrina Social de la Iglesia, tres de los cuales han sido prologados por el propio Papa Francisco. Ha ejercido importantes cargos pastorales y sociales en México y América Latina. Es fundador del SISU y del Observatorio Social del CELAM. Es miembro ordinario de la Pontificia Academia para la Vida y de la Pontificia Academia de Ciencias Sociales. Actualmente se desempeña como secretario de la Pontificia Comisión para América Latina.

Monseñor Javier del Río

Arzobispo de Arequipa, Perú. Doctor en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana y licenciado en Derecho Canónico por el Angelicum de Roma. Ha desempeñado numerosos cargos pastorales y académicos, incluyendo el de rector de seminarios y miembro de diversas comisiones episcopales. Es reconocido por su defensa de los valores familiares en el ámbito público, y ha recibido múltiples distinciones nacionales e internacionales. Ha participado activamente en la Conferencia Episcopal Peruana y en organismos de la Santa Sede.

Referencias bibliográficas mencionadas por los oradores

- Francisco. (2013). "Evangelii gaudium". Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana.
https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html
- Francisco. (2015). "Laudato si'". Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana.
https://www.vatican.va/content/francesco/it/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html
- Francisco. (2020). "Fratelli tutti". Ciudad del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana.
<https://www.vatican.va/content/vatican/es.html>
- León XIV. (2025, 10 de mayo). Discurso a los cardenales. Sala del Consistorio, Ciudad del Vaticano.
<https://www.vatican.va/content/leo-xiv/es/speeches/2025/may/documents/20250510-colle-gio-cardinalizio.html>
- León XIV. (2025, 21 de junio). Discurso ante la Unión Interparlamentaria Internacional (Jubileo de los Políticos). Ciudad del Vaticano.
<https://www.vatican.va/content/leo-xiv/es/speeches/2025/june/documents/20250621-giubileo-governanti.html>
- Ad theologiam promovendam, Francisco
https://www.vatican.va/content/francesco/it/motu_proprio/documents/20231101-motu-proprio-ad-theologiam-promovendam.html
- Ivereigh, A. (2020). "Wounded Shepherd: Pope Francis and His Struggle to Convert the Catholic Church"; New York, NY: Henry Holt & Co.
- Guerra López, R. (2024). "La gracia y la historia: ensayos sobre Doctrina Social y liderazgo Cristiano"; Bogotá: CELAM.
- Buttiglione, R. (2018). "La ética en tiempos de crisis moral"; Madrid: Ediciones Encuentro.
- Cantalamesa, R. (2014). "La fuerza de la palabra": Madrid: BAC.
- Péguy, C. (1910/1992). "Oeuvres poétiques"; Paris: Gallimard.
- Pontificio Consejo Justicia y Paz. (2004). "Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia". Ciudad del Vaticano.
https://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/justpeace/documents/rc_pc_justpeace_doc_20060526_compendio-dott-soc_sp.html
- Video oficial del seminario. (2025, 21 de junio). *Discernir el presente, construir el futuro*.
<https://www.youtube.com/watch?v=8uQ92YW9Acc&t=66s>



www.liderescatolicos.net



ACADEMIA
LÍDERES CATÓLICOS



LIDERESCATOLICO



LÍDERES CATÓLICOS



LÍDERES CATÓLICOS



ACADEMIA INTERNACIONAL
DE LÍDERES CATÓLICOS